

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 29 DE JULIO DE 1923

NÚM. 20.122

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

LA SUGESTION DE LA ACADEMIA DE FLORENCIA

ELLA jornada florentina, en la Academia de Bellas Artes. Otra vez la pintura toscana florece a nuestros ojos. Nos detenemos ante la Virgen de Cimabue porque ese cuadro, como es sabido, es la huella de un Fundador. Cimabue se sustrae al tiempo. El valor de eternidad, en su obra, es muy superior al carácter de época y escuela. La palabra que pronunciáis al contemplarle es ésta: Serenidad. La interpretación de la Virgen no ha descendido aún desde su fase angélica o celestial. Comparémosla con las Coronaciones del Angélico, o con las de Filippo Lippi y Botticelli que están en la misma Academia: del Cielo habremos pasado a la Corte. La Virgen se torna la Emperatriz; el Padre Eterno es un Rey oriental o un Papa coronado con la tiara; el concurso angélico es un séquito de princesa. Otra Virgen de Botticelli, aquí mismo, ocupa un trono suntuoso, bajo un dosel de presbiterio.

A través de esa evolución iconográfica se podría estudiar la correspondiente evolución teológica. Sería también muy interesante seguir la progresiva combinación de la pintura con las artes suntuarias en el encuadramiento de los asuntos, para los fines de la capilla y del culto. Aquí, en la Academia florentina, podría escogerse algunos cuadros representativos: Lippi, en sus Nacimientos, se entrega todavía a la rústica ingenuidad del asunto y parece jugar con la belleza simbólica de las ruinas, con la candida puerilidad de los últimos términos, análoga a los belenes infantiles. Pongamos junto a él otras visiones de Belén. Retengamos la rica distribución de la cabalgata de los Reyes en Gentile da Fabriano, con toda la prolijidad decorativa de la escuela de Umbria. — Veamos esa otra estilización del Nacimiento: es de Domenico Ghirlandaio: encantadora mezcla de paisaje medieval y monumentos romanos. Los Magos están a punto de pasar bajo un arco de triunfo imperial. El Niño está tendido bajo una urna sepulcral pagánica, sobre la cual inclinan sus bellos la mula y el buey. Unas pilastras corintias se levantan sobre la divina escena. — Otro Nacimiento aún: lo pintó Lorenzo di Credi; han avanzado los tiempos. La ingenuidad se ha desvanecido. El paisaje ha adquirido sabias gradaciones de perspectiva. La figura adorante de María, y aun la de los Angeles, han pasado desde el sentido de divinidad al de feminidad.

En la forma opuesta de la iconografía cristiana, que es la de la Pasión, ahí están otros dos cuadros bien reveladores: uno de ellos es la Crucifixión, de Lucas Signorelli. ¡Qué atrevida arbitrariedad de paisaje! No olvidaremos la figura de la Magdalena, casi en escorzo, típico ejemplar de mocedad toscana. — ¡Cuán distinto es ese Descendimiento, del Perugino! El valor patético del asunto se desvanece bajo la intención teatral, o si se quiere, litúrgica. El cuadro está concebido como una escena. Todas las figuras tienen aire mimico, posición de ac-

tor. Unas arcadas renacentistas cubren la composición. La Magdalena, a la derecha, entrelaza sus dedos con la sabia distribución de un gesto. Junto a ella, un santo, con barba exquisitamente cuidada, reproduce el mismo gesto de manos. Nada de éxtasis, ni siquiera de consternación en esas actitudes; bella «parada», simplemente. La Magdalena no contempla; exhibe su hermosura en una nueva posición. El Cristo no ha muerto; duerme. Y a la izquierda, la eterna figura andrógina, mixta de efebo

y mujer, cara al Perugino, la cual junta también sus manos suplicantes y levanta al cielo el rostro ladeado como el San Sebastián de la Capilla Sixtina y el del Louvre. ¿Es Juan Evangelista?



Pero el genio familiar de la Academia es el David de Miguel Angel. Esa es la antítesis del Moisés. Elevando las dos estatuas a su verdadero valor de arquetipos, son, respectivamente, la Juventud y la Vejez, símbolos paralelos al Día y

la Noche, la Aurora y el Crepúsculo de la Capilla Medicea. O acaso una y otra son momentos transfigurados de la propia vida del autor, que plasmó en ellos la vitalidad de sus veintiséis y de sus setenta años, como plasmó su plenitud varonil en el Penseroso. Y también puede verse en ellas la significación de Florencia y Roma, la ciudad juvenil y la senatorial; la de florecimiento y la de fruto, bellas como las dos Pascuas, Resurrección y Pentecostés, florida y granada, cada una con distinta belleza; la una, David, llena de promesas, apuesta como un púgil en el estadio, fundiendo una actitud de atleta olímpico con su significación de ungido hebreo, símbolo del triunfo de la destreza sobre la fuerza bestial; la otra, Moisés, poseída de la majestad de su obra terminada, apoyándose en su justicia de legislador, como Roma, llena de la conciencia de su fuerza, que es el manantial de su derecho.

Pero la victoria de David es la de Florencia: el predominio de la sutileza y la exquisitez sobre la barbarie, de la gracia sobre la fuerza. Florencia disparó la piedra de su honda hacia la frente de los bárbaros, y creó un arte refinado y una urbe de supervivencia clásica en el seno de un mundo brutal; tal vez como excusa de su coparticipación en esa brutalidad... Y su vigor davidico se ajustó a la norma de los tiempos; fué imprecación dura, ímpetu franco en el Alighieri; pero cuando sólo por astucia pudieron prevalecer las señorías locales, como el Zorro contra el León de las antiguas gestas, la piedra de la honda se afinó y redondeó, se hizo «neolítica», en la mentalidad a un tiempo aguzada y profunda de Maquiavelo.

Hemos rezado nuestra plegaria ante el David de Miguel Angel. ¿No es él también un símbolo de la eterna lucha contra los Filisteos? La Florencia ideal (no ciertamente la real y actual, ¡que acaba de declarar ciudadano honorario a Mussolini!), la Florencia ideal nos confiere, por esa estatua, su ciudadanía maternal. Consagremos también la vida, como sus grandes hijos, a eternizar en mármol nuestra juventud, nuestra edad viril y nuestra vejez. Lancemos como ella la piedra de la honda contra Goliath, y esgrimamos el gladio contra Medusa.

El pueblo llama corrientemente a esa estatua, por sus proporciones, el Gigante. Hay una sutil ironía de vencedor en la trasposición de valores por la cual el pequeño David ha suplantado al gigantesco enemigo, como engrandeciendo su cuerpo mozo para que se ajuste a él la armadura del degollado.

David y Moisés... Por esas imágenes se hace visible la ambigüedad inspiradora del autor. Paganía y mosaísmo no lucharon como enemigos en su espíritu, sino que mutuamente se fecundaron. Ese David es digno de un epinicio pindárico. Y aquel Moisés tiene, en su reposo lleno de majestad, la ancianidad de un Hércules.

Pero el vigor de David o el de Perseo, allado y flexible, por contraste con la musculosidad de un Moisés o de un Hércules, son las dos energías, la intensa y la extensa; el modo davidico y el modo



— HAFIZ EN LA FUENTE, CUADRO DE A. FEUERBACH —

hercúleo. Ahí están, frente a frente, Florencia y Roma, como las dos modalidades itálicas, polarizaciones históricas de la Italianidad. Una de esas ciudades, la más estrictamente italiana, Florencia, tuvo el espíritu como arma predilecta; lo afiló como una de sus dagas; lo pulsó como una de sus hondas. Ciudad apolínea, que dió al sentido civil su estirpe poética, se nos presenta como encarnación de la Italia gibelina. Recelosa de las veleidades cesáreas, y herodera de las rivalidades etruscas, pareció asumir contra Roma una reencarnación de Atenas, una más antigua ejecutoria de pagania. Fué el espíritu, el arte, la disqui-

sición, la sofía, la Psiquis. Roma, en cambio, ciudad gúelfa, vieja y matriarcal, fué la autoridad; la concentración del dominio en el dogma frío, enemigo de las ágiles aventuras y de las osadías especulativas, fulminador de todos los Prometeos. Y diríase que así como el David de Florencia tiene algo de Apolo, sin duda el Moisés de Roma, con sus barbas que recuerdan las de Julio II, el papa Cesáreo cuyo sueño debió guardar, tiene algo de Goliath; o es acaso un Goliath disfrazado...

No salimos de la Academia florentina

sin retornar, unos momentos, bajo ese David marmóreo. Como el David bíblico ungido en secreto por Samuel, también el David de mármol nos unge con el óleo que sobre su cabeza derramó su creador. Sentimos, bajo su figura, un contagio ebrumador de inspiración superior a nuestras fuerzas, el soplo de un viento que nos derriba, porque no puede abarcarlo nuestro pecho. Su cabeza, muy ajena al perfil judaico, tiene las normas estéticas de un Antinoo. Su desnudez no es impúdica, sino desbordante en la suprema moral de la belleza. Ningún disimulo, inversamente pecaminoso, lo cubre a nuestros ojos. Yo veo en esa des-

nudez una provocación más al Filisteo, como en recuerdo de las virilidades mutiladas que David llevó como trofeo a Israel, según se cuenta en la Escritura. La mano del atleta guarda la honda, preparada a la agresión, como vigilando las nuevas apariciones de la deformidad fealdad.

Y una vez más, al salir de ese recinto, vuelve a nuestro recuerdo como un ritmo frecuentativo el mito simbólico de Florencia, plasmado en sus mármoles, en sus bronceos y en sus pinturas: Perseo, David, San Jorge, la Juventud, la Primavera, la eterna edad floral...

Gabriel ALOMAR

PÉREZ GALDÓS Y SUS AMIGOS

Censo biográfico de los personajes galdosianos

A la sombra gloriosa de la extraordinaria labor literaria de Pérez Galdós se ha constituido en Madrid una agrupación llamada «Amigos de Galdós», la cual tendrá por objeto la difusión de las obras del inolvidable maestro, trabajar denodadamente en pro de la mayor gloria de tantos libros admirables, con los que el autor de los «Episodios Nacionales» enriqueció el vasto y sorprendente caudal literario español. Bien se lo merece el maestro. Teatro y novela salieron de su telar con un sentimiento tan hondo, con una pujanza de ideas tan vibrante y, sobre todo, con un amor y un sentido de España tan absoluto, que de toda esta época ha sido el escritor más representativo de la raza. Por las páginas imponderables de sus libros cruzan multitud de tipos de nacionalidad inconfundible; en su carácter, en sus conceptos, en su fisonomía está de modo indeleble marcado el sello de la raza española. Y aun también en toda la trama, en los episodios, en el fondo y en el estilo aparece fresca la pintura de un casticismo difícil de hallar aun entre nuestros más puros clásicos.

Los «Amigos de Galdós» han celebrado ya una visita a Toledo, el día 15 del pasado abril, y se descubrió la lápida que, por iniciativa del doctor Marañón, se colocó en la casa habitada por el autor de «Ángel Guerra» mientras escribía la novela de este mismo título. De este acto ya dió cuenta la Prensa y no hemos de insistir ahora. Lo que sí queremos comunicar a los lectores, y especialmente a cuantos sienten rendida admiración por Pérez Galdós, es un proyecto, ya realizándose, que seguramente les producirá gran contento. Nos referimos al «Censo biográfico» de los personajes de Galdós.

Como veis, la idea no puede ser ni más interesante ni más llena de amor al maestro. En este libro, en el cual han de colaborar todos los «Amigos de Galdós», se recogerán uno a uno cuantos personajes fueron creados por el autor de «Fortunata y Jacinta». ¡Figuraros cuántos han de ser! De cada uno se trazará brevemente su biografía. Semejante es esto a lo hecho en Francia con el «Repertoire de la Comédie Humaine» de H. de Balzac, publicado por Anatolio Gerferr y Julio Christophe. Y esta labor se realizará por los «Amigos de Galdós», para lo cual ya se han distribuido entre los adheridos todas las obras. Este trabajo deberá estar terminado antes del 1 de octubre, para luego acoplarlo y publicar el libro antes de fin de año.

¡Maravilloso libro! En sus páginas pal-

pitara la vida de un mundo espléndido y fecundísimo. Ejemplo vivo y permanente de un poderoso genio creador que infundió calor de realidad a tantos miles de personajes. En la obra literaria del maestro lo que desde luego cautiva al lector son los personajes. Galdós, como los grandes genios, dedicaba su más extremada vigilia al celoso cuidado de poblar de personajes sus libros. Esto es lo esencial de un escritor y lo que acusa más firmemente sus facultades creadoras. Dar vida a miles y miles de personajes, con rasgos de verdadera categoría humana, es de un valor incalculable. Los personajes de Galdós están dotados de las suficientes condiciones para poderlos clasificar entre los de la vida verdadera. ¡Qué infinidad de matices! ¡Cómo recogió todos los sentimientos humanos! Con el «Censo biográfico» podremos hacer un estudio de la escala de tipos galdosianos, y ya veréis cómo encontramos todos los de la vida: el celoso, el apasionado, el displicente, el misántropo, el soñador, el pesimista, el neurasténico, el valiente, el cobarde, el generoso, el avaro... Cuantos, en fin, transitan por la vida misma, aun esos humildes ejemplares de la especie, grises, sin rasgo característico que les determine, esos que en la vida pasan a nuestro lado sin hacerse notar. Galdós fué un agotador de tipos. Recogió cuantos puedan imaginarse. En sus novelas y en sus dramas los volcó a montones. Hay escritores que con dos o tres personajes arman su tinglado dramático o novelesco. Pérez Galdós, como el conde León de Tolstoy, necesitaba de centenares de personajes para cada obra, porque su cualidad no es la del escritor diminuto que enfoca un trocito de la vida humana. Galdós encuadraba un horizonte ancho, ilimitado, dando así a todas sus obras la sensación del mundo y de la humanidad entera.

Este «Censo biográfico» será como esos grandes cuadros de los museos de botánica, tras de cuyos vidrios se ven las yerbas coleccionadas. En las páginas del «Censo biográfico» podremos observar, estudiar y comparar la extraordinaria colección de tipos humanos que aquel gran escritor coleccionó en sus libros.

Y todavía habrá otra cosa interesante, y es que se descorrerán los velos del símbolo. Cuantos personajes llevan en

las novelas, especialmente en los «Episodios Nacionales» un nombre supuesto, serán revelados, y en nota correspondiente se dirá al lector a qué personaje de la época aludió Galdós. «Amaranta», «Livia», «Don Juan de Mañara»... y tantos otros dejarán de tener sobre sus nombres verdaderos el antifaz prendido por la delicadeza del autor. Y esto es tanto más interesante cuanto que se refiere a obras cuya estructura especial corresponde a la Historia de España.

Pérez Galdós tuvo la idea de realizar este trabajo. Pero fué cuando las fuerzas le faltaban para ello, cuando sus ojos, sin luz, en vano trataban de asomarse a la blanca satinada de las cuartillas. Entonces, Pérez de Ayala, el admirable discípulo, prometió a D. Benito realizar la obra. ¡Inmensa obra, de larga duración, que necesita para ser realizada por una sola persona dedicarle la vida entera! Pérez de Ayala encomienda el propósito a los «Amigos de Galdós». Entre todos, repartido el trabajo,

se realizará pronto. El «Censo biográfico» de todos los personajes que componen el universo galdosiano aparecerá en los escaparates de las librerías este próximo invierno.

¿No es cierto que esta labor de homenaje merece para los «Amigos de Galdós» la estimación más sincera?... Necesitados andamos de realizaciones de devoción a nuestros grandes hombres. Hay que evitar que sigan pasando indiferentes los altos valores nacionales. ¿No habéis visto el ejemplo de Portugal con motivo de la muerte de Guerra Junqueiro? Toda la nación lusitana se estremeció de pesar. A la luz de los cirios fúnebres y a la sombra de los negros crespones del luto, los portugueses han llorado a su poeta muerto. Aquí... ¡qué diferencial! La noche misma del día en que se enterró a Galdós funcionaron todos los teatros, sin guardar duelo. No se tuvo ni el respeto de entornar sus puertas siquiera por una sola función...

José CASTELLON

GLOSA A SAFO

La perdida alegría de las musas

Como en el misterio de una dicha perdida pienso en esas palabras que Safo la griega le decía a su hijito para calmar sus lloros: —¡No llores, hijo mío, que no está bien llorar en una casa donde habitan las musas!— Palabras misteriosas, más dulces que cuantas golosinas pueden ser en el llanto de un niño, y más eficaces, por su mismo misterio, que cuantos ardores imaginan las madres para distraer a un pequeño enfurruñado; pero que para nosotros, poetas de hoy, apenas tienen sentido.

¡Safo!, gloriosa antepasada, huésped de las musas, musa tú misma, dínos, ¿es una dicha tan grande albergar a las musas? ¿Lo era al menos en tu tiempo, del que ya no tenemos idea? ¿Es tan gran bendición su estancia en una casa, que el llanto de quienes la habitan no pueda tener disculpa? ¿Tan alegre es su presencia que vede todo llanto, o tan alegres son ellas que huyan de la casa donde se vierten lágrimas? ¿Son semejantes en esto a las abejas y las golondrinas, que aborrecen todo ruido áspero y triste? Cuando éramos pequeños, así nos lo decía al menos nuestra madre, en el patio de nuestra casa de Andalucía, bajo

cuyos aleros anidaban esas aves tan contrarias a los alciones; y nosotros, mis hermanas y yo, para no espantarlas, conteníamos nuestros lloros pueriles; y lo mismo cuando una abeja de fuego cruzaba, sin detenerse, el sol de estío... Ni las abejas ni las golondrinas gustan del llanto, y ambas son presagios favorables y bendiciones en las casas, pues las unas traen la miel y las otras el buen tiempo alegre...

Pero ¿y las musas, Safo? ¿Verdaderamente son alegría en las casas? ¿Era quizás así en tus tiempos helénicos? Nuestras madres, sin embargo, las temen hoy como a las furias, y son ellas las que lloran cuando, no obstante sus desvelos y el cuidado con que cierran sus puertas, entra alguna en sus casas; lloran y se mesan los cabellos, cual si la peor desgracia se hubiera consumado; y nosotros mismos, poetas de una edad mezquina, pálidos de trabajo y de envidia, nacidos en un tiempo en que no bastaba dar la canción al aire para ser gloriosos, tampoco creemos, aunque lo digamos, en la dicha de albergar a las musas... ¿Crees tú en ella verdaderamente, tú que fuiste tan desgraciada, o lo decías tan sólo para engañar a tu hijito, como nuestra madre nos engañaba con las golondrinas? ¿O será que desde entonces acá, viejas, se han vuelto tristes las musas y perdido su dulzura las mieles del arte?

R. CANSINOS-ASENS

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

LÍRICA MODERNA AMERICANA

Como la Primavera

Como un ala negra, tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.

Cerrando los ojos, su olor aspiraste,
diciéndome luego:

—¿Duermes sobre piedras cubiertas de musgo?

¿Con ramas de sauces te atas las trenzas?

¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan negras

porque acaso en ellas exprimiste un zumo

retinto y espeso de moras silvestres?...

¿Qué fresca y extraña fragancia te envuelve?

Hueles a arroyuelos, a tierras y a selvas.

¿Qué perfumes usas?

Y, riendo, te dije:

—¡Ninguno, ninguno!...

Te amo y soy joven; huelo a primavera.

Este olor que sientes es de carne firme,

de mejillas claras y de sangre nueva.

Te quiero y soy joven: por eso es que tengo

las mismas fragancias que la primavera.

Juana de IBARBOURU

El regreso a la madre

Cuando falte a mis hombros, madre mía, la fuerza;
cuando cerca del surco donde me siembren llegue;
cuando ya hasta el más leve remolino me tuerza
y hasta el peso del alma me doblegue...
tu recuerdo, este fardo de diamante,
seguirá siempre firme sobre mis hombros muertos,
porque en todas mis penas Amor es un gigante
y el cariño es un Hércules con los brazos abiertos.

Cada vez que a mi paso los humanos
dolores arrojaron su venablo ofensivo,
se interpuso, veloz, sobre tus manos,
tu corazón, como un escudo vivo.

¡Qué mal me han hecho, madre, otros afectos!
Me llenaron los brazos de goces imperfectos;
cada boca de amante fué lengua ponzoñosa;
una fué mi ladrona y otra fué mi asesina;
yo les dí de lo mío mucho más de la rosa,
pero ellas no pasaron más allá de la espina!

Lejos de ti, mil veces
busqué en ajenos labios el manantial de vida;
el amor que me dieron lo devolví con creces
y por tantas heridas no devolví una herida.
Y fué porque no supe que en ti estaba la blanca
fuente, el cauce divino,
el afluente de amores cuyo origen arranca
del hueco de las manos que Dios tiende al Destino.

Vuelvo a tí. Ya no quiero
sino el raudal templado del amor verdadero.
¡No más aquel tumulto
de pasión transitoria, de falaces querellas,
que ante tu amor perenne tienen baldón de insulto,
como un escopetazo lanzado a las estrellas!

Y encuentro en tu cariño más goce y más regalo;
él es la luz que nunca se refracta en el prisma...
Si Cristo fuera malo,
si madre, más humana, fuera siempre la misma.
Todas son una sola, para el dolor desnudas:
es una policéfala encarnación de diosa;
son iguales la madre de Cristo y la de Judas,
porque ambas están hechas de pulpa milagrosa!

Madre: Como la tierra, generoso y eterno,
guarda-tu vientre vivas sementeras;
arrecien los dolores en cada nuevo invierno...
Tu los devolverás en primaveras.

Madre: En este coloquio feliz de mi regreso,
dos cielos bendigamos:
la Patria, donde nuestro corazón está preso;
la Madre, que es la patria que primero habitamos.

Y déjame dormir sobre tu traje,
sobre tu vientre, escena de mi primera aurora,
para soñar que voy por un ramaje
donde se oculta un nido con un pichón que llora...

Andrés Eloy BLANCO

(La Real Academia Española ha concedido a este poeta, venezolano, el premio de veinticinco mil pesetas del concurso hispano-americano, organizado por la Asociación de la Prensa de Santander.)

Motivos

¡Te quiero por muchas cosas!

¡Y por qué cosas tan bellas!

¡Por tus manos, como rosas,

y tus ojos, como estrellas!

¡Te quiero por la dulzura

que aromatiza tu gracia,

y por esa donosura

que vibra en tu aristocracia!

Por tu belleza gitana,

tu clara voz de campana

y tu irónico reír...

¡Te quiero por lo que eres!

¡Te quiero porque me quieres

y no lo quiero decir!

Guillermo AUSTRIA

El silencio

El silencio, aquel viejo metafísico
de las cumbres calladas;
el primer habitante de los mundos;
el que cuenta en las blancas
y gélidas regiones de los polos
cada siglo que pasa;
el señor de los hondos cementerios
y de las quietas alamedas glaucas;
el sumo sacerdote de los templos,
es amigo de mi alma,
y, cual antiguo servidor, él cuida
mi desierta morada.

En esta tarde, cuando el sol ponía
su incendio en mi ventana,
y el mundo iba durmiéndose, y el tiempo
como que se filtraba
en el reloj del muro, y los instantes
al fondo de la nada
caían como gotas, de la calle
una música lánguida
traía la pureza y la ternura
de un poema de lágrimas...

El silencio, el amigo de los tristes,
quedamente, decía su plegaria...

Diego CAMACHO

Verhaeren

¡Copiado por mano de Regoyos
tengo tu retrato, viejo halcón!
(¡Tantas veces hablamos de ti con emoción!)
Y ahora que ambos yacéis en dos hoyos
lúgubres, remotos, os uno en mi corazón.

Verónicamente, os uno, a mi modo,
fijo un instante del arcano exodo,
hasta que, a su vez, hollada en el lodo
subterráneo, se apague mi visión...

¡Entonces, acaso nos unan en otro corazón!

Alvaro ARMANDO VASSEUR

Pescador de ilusión

¡Cómo tiembles cuando tocas,
divino rayo de sol,
una isla de madreporas
en el fondo de mis ojos,
tejedores de ilusión!...

Tú me penetras, tranquilo,
y me sientes como un mar
lleno adentro de un navío,
y un canto de caracol
sobre el banco de coral
de la paz del corazón!...

Pescador de caña de oro,
divino rayo de sol,
tu hilo maravilloso
tiende a mi azul interior...
¡En el fondo de mis ojos
flota tu dulce ilusión!...

Vicente BASSO MAGLIO

Mi hermana

Son las diez de la noche; en el cuarto en penumbra
mi hermana está dormida, las manos sobre el pecho;
es muy blanca su cara y es muy blanco su lecho.
Como si comprendiera, la luz casi no alumbra.

En el lecho se hunde a modo de los frutos
rosados, en un hondo colchón de suave pasto.
Entra el aire a su pecho y levántalo, casto,
con su ritmo midiendo los fugaces minutos.

La arropo dulcemente con las blancas cubiertas
y protejo del aire sus dos manos divinas;
caminando en puntillas cierro todas las puertas,
entorno los postigos y corro las cortinas.

Hay mucho ruido afuera; ahoga tanto ruido;
los hombres se querellan, murmuran las mujeres;
suben palabras de odio, gritos de mercaderes.
¡Oh, voces, deteneos; no entréis hasta su pido!

Mi hermana está tejiendo, como un hábil gusano,
su capullo de seda: su capullo es un sueño.
Ella con hilo de oro teje el copo sedoso.
Primavera es su vida. Yo ya soy el verano.

Cuenta sólo con quince octubre en los ojos,
y por eso los ojos son tan limpios y claros;
cree que las cigüeñas, desde países raros,
bajan con rubios niños de piecitos rojos.

¿Quién quiere entrar ahora? ¡Oh! ¿Eres tú, buen viento?
¿Quieres mirarla? Pasa. Pero antes, en mi frente
entibiante un instante; no vayas de repente
a enfriar el manso sueño que en la suya presiento.

Como tú, bien quisieran entrar ellos y ostarse
mirando esa blancura, esas pulcras mejillas,
esas finas ojeras, esas líneas sencillas.
Tú los verías, viento, llorar y arrodillarse.

¡Ah! Si la amáis un día, sed buenos, porque huye
de la luz si la hiere. Cuidad vuestra palabra,
y la intención. Su alma, como cera se labra,
pero como a la cera el roce la destruye.

Haced como esa estrella que de noche la mira
filtrando el ojo de oro por cristalino velo:
esa estrella le roza las pestañas y gira,
para nos despertarla, silenciosa en el cielo.

Volad si os es posible por su nevado huerto.
¡Piedad para su alma! Ella es inmaculada.
¡Piedad para su alma! Yo lo sé todo; es cierto.
Pero ella es como el cielo: ella no sabe nada.

Alfonsina STORNI

LOS DOS VECINOS

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

EN un pueblecito de no recuerdo qué país, había, entre otras muchas, dos casas juntas: una era encarnada y la otra verde.

En la casa encarnada vivía la familia Botijo; la familia Fideo moraba en la casa verde.

La familia Botijo se componía del padre, don Rubicundo; la madre, doña Facunda, y seis hijos: tres niños y tres niñas.

De tres niñas y tres niños, que hacían seis en total; de la madre, doña Serafina, y del padre, don Teófilo, se componía la familia Fideo.

El señor Botijo, su esposa y sus seis retoños eran gordos, hasta el extremo de que el nombre de Botijo resultaba algo así como un diminutivo irónico, porque, en puridad, debieron llamarse la familia Tinaja.

El señor Fideo, su esposa y su media docena de herederos eran delgados, hasta el punto de que si en lugar de hacer llamarse Fideos lo hubieran sido, no habría habido con todos ellos ni para hacer una mala sopa.

Los Botijos, cuando andaban, parecían que iban rodando; los Fideos parecían estar siempre de perfil.

Cuando los Botijos se incomodaban se ponían rojos; los Fideos, al enfadarse, se ponían amarillos.

Y la verdad me fuerza a confesar que, lo mismo unos que otros, se incomodaban a menudo, por el hecho sencillo de que se odiaban a muerte.

¿Que por qué se odiaban? ¡Pchsss!... La familia Botijo afirmaba odiar a los Fideos porque la vista de su delgadez esquelética le cortaba las digestiones, y la familia Fideo afirmaba odiar a los Botijos porque el aspecto de tanta carne le repugnaba, quitándole las ganas de comer.

Pero aquí entre nosotros, mi idea es otra; yo creo que se odiaban, en realidad, porque se envidiaban recíprocamente.

El señor Fideo no podía menos de reconocer que el volumen de su vecino le daba cierto empaque majestuoso que a él le faltaba, mientras que el señor Botijo se veía forzado a confesarse a sí mismo que la esbeltez de su enemigo imprimía a sus andares cierta distinción de quo él carecía en absoluto.

La señora Botijo rabiaba porque su enemiga podía ponerse vestida a la última moda, con los cuales ella hubiera resultado excesivamente grotesca, y la señora Fideo se desesperaba porque las redondeces de su vecina llenaban sus ropas, mientras que a ella los trajes le sentaban como colgados de una percha.

En fin, los Fideitos envidiaban a los niños de la familia Botijo porque seguramente les debía de caer el doble de golosinas en el estómago, mientras que los Botijos sentían celos de los pequeños Fideos porque estaban más ágiles para jugar al «foot-ball» y hacer diabluras.

Aquella vecindad peligrosa daba lugar a riñas y peleas constantes. Que si la señora Botijo espiaba cuanto sucedía en la casa vecina con un lente de largo alcance; que si las cucarachas que infestaban la casa de los Botijos provenían de la de los Fideos; que si la pianola de los Botijos impedía a los Fideitos dormir la siesta; que si la pelota de los Fideitos había ido a caer en la cocina de los vecinos, en medio de un plato de na-

tillas preparado para los Botijitos; que si... ¡qué sé yo!

Pero de todas estas terribles disputas, la más famosa, la que había de dejar huella imborrable en los anales de las familias Fideo y Botijo y en la memoria de todo el pueblo, fué la que promovió la posesión de cierto nido de urracas que...

¡Ah! ¿Pero ignoráis lo del nido de urracas? Os lo voy a contar:

Figuraos que el papá Botijo había tenido la desdichada ocurrencia de plantar un nogal junto a la tapia que separaba su jardín del jardín vecino; yo creo que lo hizo con la malévol intención de dar envidia a su enemigo, cuyo jardín no encerraba mas que árboles tan raquíticos como los amos; pero ya se sabe que

—¡Poco a poco, so ladrones! ¡Este nogal es mío y no vuestro!

El señor Fideo se puso amarillo de rabia.

—¿Y a mí qué me importa su nogal?—gritó a su vez—; el nido está en mi jardín y, por lo tanto, me pertenece a mí.

—¡Ni mucho menos! El nido es mío, puesto que está en las ramas de mi nogal.

¡Y allí fué Troya! Los dos vecinos, encaramados en sendas escaleras de mano y asomando por encima de la tapia, el uno su puntiaguda cabeza en forma de nuez de coco, y el otro su faz lunar, que parecía una enorme calabaza, se insultaron a más no poder; pero sus voces eran cubiertas por las voces mucho más agudas de doña Serafina y doña Facun-

pero lo indiscutible es que las de la justicia no van muy de prisa.

Durante días y días los pobres Botijos y los infelices Fideos estuvieron yendo y viniendo de sus casas al Tribunal y del Tribunal a sus casas. Los papás descuidaron por completo la labranza de sus tierras; los niños dejaron de ir a la escuela y se olvidaron hasta de destrozarse juguetes, y todo el mundo llegó al extremo de no alimentarse mas que de pan y sardinas en lata, porque las mamás no estaban para meterse en guisos.

Naturalmente, el pueblo entero se apasionó por el asunto tanto como los mismos interesados, y se hicieron infinidad de apuestas sobre quién se quedaría con los cuatro huevos de la urraca.

Al fin llegó el día del juicio; en medio de la angustiosa expectación general, y ante los Botijos congestionados y los Fideos lívidos, el señor juez leyó la sentencia, que otorgaba los cuatro huevos en litigio... ¡a las dos familias por partes iguales, dos a cada una!

Hubo un inmenso suspiro de alivio por parte del público; los botijistas se precipitaron a dar la enhorabuena a la familia Botijo, mientras que la familia Fideo era felicitada por los fideistas.

Luego, con gran algazara y solemnidad, el pueblo entero acompañó a los dos triunfadores hasta sus casas; la mitad del pueblo entró en el jardín de la casa verde, y la otra mitad en el de la casa encarnada; cuando todos se hallaron reunidos a cada lado de la famosa tapia, unos al pie del nogal, otros bajo sus ramas, el señor alcalde, que había sido escogido por unanimidad para llevar a cabo tan delicada y honrosa misión, se subió a la tapia, a fin de proceder al reparto equitativo de los cuatro huevos.

Pero en aquel mismo instante, ¡oh, estupor! vióse salir volando del nido a cuatro pajarillos: ¡eran los piquitos de la urraca que ya habían salido del cascarón!

Y lo mismo los Botijos que los Fideos se quedaron sin aquellos huevos que tantos disgustos, tiempo, trabajo y gastos les había costado conquistar.

Acaso estáis a punto de decir, en vista de este desenlace, que todo había sido inútil, y, por lo tanto, no valía la pena de que sucediese o, cuando menos, de que yo os lo contase.

Pues sí que valía la pena, sí; porque la aventura tuvo muy importantes y útiles consecuencias, y fué que las dos familias vecinas se dieron cuenta de lo fea y absurda que era su enemistad, y se reconciliaron, abrazándose todos, mientras que el pueblo los contemplaba enternecido y el señor alcalde se enjugaba las lágrimas con su enorme pañuelo de cuadros.

Más tarde, las tres señoritas Botijo se casaron con los tres jóvenes Fideo, cuyas hermanas y cuñados se unieron, a su vez, en justas nupcias.

Las seis parejas fueron muy felices y tuvieron hijos de un volumen normal, regordetes sin exceso, y esbeltos sin delgadez; y desde entonces, que yo sepa, no se han vuelto a ver personas ni tan gordas como los Botijos, ni tan flacas como los Fideos.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



aquél que escupe al cielo lo recibe en las narices.

Y he aquí que al crecer el nogal se empeñó en inclinarse del lado de la tapia, de tal suerte, que sus ramas fueron a dar mucha más sombra al jardín de los Fideos que al de los Botijos.

Es de suponer la desesperación del papá Botijo cuando veía a don Teófilo pavonearse o descansar aprovechando la sombra de «su nogal».

Un día hubo gran algazara en el jardín de los Fideos.

—¡Papá, papá! — gritaban a una los seis Fideitos—, en las ramas del nogal hay un nido de urracas con cuatro huevecitos preciosos. ¡Alcánzanoslos!

Al punto el señor Fideo aplicó una escalera de mano contra la tapia y subió a ella, disponiéndose, como padre que conoce sus deberes, a cumplir la orden de sus hijos y tiranos, cuando se oyó la gruesa voz de don Rubicundo, que voceaba ronco de rabia y de indignación:

da, asomadas a la ventana, mientras que los seis Fideitos y los seis Botijitos, rodeando a sus respectivos papás, burreaban hasta destrozarse los pulmones.

Tal fué el escándalo, que todo el pueblo acudió y empezó a hablar a la vez comentando la aventura.

A la noche todo el mundo se fué a acostar; pero al día siguiente, tan pronto como despuntó el alba, el papá Fideo, seguido de todos los suyos, corrió al nogal con el propósito de apoderarse de los cuatro huevecitos; en el mismo instante acudía toda la familia Botijo, resuelta a estorbar este designio.

Como no había medio alguno de que aquello terminase, puesto que ambos contrincantes creían tener razón y ninguno quería ceder sus derechos, acabaron por ponerse de acuerdo—¡la primera vez en su vida!—en que lo mejor era llevar el asunto a los Tribunales.

Yo no sé si es verdad aquello de que «las cosas de palacio andan despacio»;

VIAJE EN REDONDO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOSE MARIA SALAVERRIA

MIENTRAS el tren corría por entre los cerros cantábricos, la imaginación de Pedrocho volaba hacia todas las perspectivas del porvenir. Nunca esa grave palabra, *porvenir*, tuvo para él la trascendencia escalofriante y asustadora que entonces adquiría. Sentíase por la primera vez en su vida entregado a sus propias fuerzas, responsable del bien y del mal que a sí propio y con su personal conducta se atrajese, y esto le hacía temblar, hundido en el rincón de su coche de tercera.

En adelante ya no contaría con la ayuda de sus padres y hermanos; los amigos de la infancia tampoco estarían junto a él. Necesitaba vivir como los hombres viven en la universal competencia, atento siempre y con todas las potencias perspicaces lanzadas sobre los secretos de alrededor.

De vez en cuando se palpaba la cintura con disimulo. Bien envueltos en un papel de barba los billetes de Banco, había cosido la especie de bolsita en la parte interna del pantalón, aprovechando esa tela que los sastres antiguos solían poner, como refuerzo de la bragueta, en la cintura. Llevaba cincuenta duros para costear su pasaje de tercera en la Casa consignataria de Santander, y otros veinte duros para gastos de fonda y para imprevistos. Llevaba consigo una verdadera fortuna: ¡setenta duros! Cada vez que el tacto le confirmaba la permanencia del dinero en su cintura, Pedro Alberdi sentía alivio.

Al mismo tiempo le sugería aquel tacto una vaga impresión animosa. La excitación sensual, naturalmente acompañada de un ímpetu activo y entusiasta, repetíase en ese caso al tentar la bolsita del dinero; una excitación codiciosa que le hacía mirar el porvenir con algo más coraje que antes.

Iba a ganar mucho dinero. Sería rico. Palparía a su placer los grandes bultos de billetes de Banco. Compraría todo lo que ambicionaba. Y sería independiente, obedeciendo al consejo de Schopenhauer. ¿Cómo decía Schopenhauer?... Reconstruyó de memoria:

«El hombre orgulloso que desea vivir su vida y construir debe procurar primeramente labrarse una posición, una fortuna, para no verse coartado en su camino por las mil dificultades que asedian a quien depende de los demás.»

Perfectamente. La amonestación del filósofo venía a tiempo para levantar el ánimo de Pedro Alberdi, que sentía un gran hipo de lágrimas al ver extinguirse en la lejanía la sombra azul de los montes patrios. Su vida responsable, su verdadera vida de hombre, comenzaba

ahora. ¿Por qué no? Haríase rico en América. Volvería pronto, joven aún, apto para escribir versos y gustar una hermosa vida de arte.

Entretanto, corriendo el tren por la llanura castellana, subían al crujiente vagón de tercera hombres con coloreadas alforjas, mujeres de ingenua voz

Contaba Pedro Alberdi veintiún años. Había soñado tanto con la América de los cocoteros, de los papagayos y los cañaverales; con el cielo tórrido y las perfumadas frutas exóticas; con los negros y los bohíos... Un día de septiembre, el alma temblorosa y todo él asustado y, a la vez, exaltado por la gran empresa,

sentíase encendida por la gran llama visionaria de las Indias.

De pequeño solía bajar Pedrocho con los otros chicos a la dársena, a ver entrar los airosos bergantines goletas que traían de los mares antillanos aquellos frutos sabrosos y aquel olor de presentidos países, todo armonizado por el sugestivo y fuerte olor del alquitrán (un alquitrán que había recibido el abrasado beso del sol del Trópico). Los chicos merodeaban por el muelle en tanto vertía el barco su rica carga.

Apilábanse los sacos llenos de azúcar de cristal; los barriles de melaza rezumaban dulzor; venían a tierra los cocos enteros y en montones. Los chicos lo vigilaban todo, hasta lograr destrozar sigilosamente un saco de azúcar o de cacao. Uno detrás de otro, los pequeños bandidos metían la mano por el agujero del saco y huían con su presa golosa.

Los curtidos marineros, en el descanso de la tarde, hablaban sobre cubierta de los remotos y extraños mares. Uno de los marineros portaba un arco de oro en una oreja. Una vez vino en uno de los barcos un negro: era el cocinero de a bordo, y echaba a los chicos galletas muy duras e insípidas, que ellos devoraban con arbitraria glotonería. Otra vez trajeron en el barco un loro, que sólo sabía decir palabrotas torpes.

Todo esto iba produciendo en Pedrocho una especie de mal imaginativo, y cada arribada del barco antillano hincaba en su pobre alma la espina de una honda ambición viajera. ¡Huir, escapar, marcharse a los bellos países presentidos!...

Hubiera sido inútil oponerse a la fatalidad. Y cuando, en efecto, un pariente de su madre le propuso cierta colocación en un comercio de Puerto Rico, Pedro Alberdi decidió marcharse.

Ante él abriase, por fin, el panorama de las Indias que tantas veces hubo de imaginar en sus sueños de adolescente. La América de sus ambiciones no tardaría en aparecer a sus absortas miradas. Pero al verse solo en el tren sentía que su antiguo ánimo se amortiguaba. Entonces, hurgando en su maleta, logró extraer un libro pequeño, desencuadernado, manoseado y lleno de notas marginales; se acurrucó en su rincón y se puso a leer.

Era el libro preferido. Llevaba tres o cuatro más, entre ellos un tomo de ensayos de Macaulay, que trataban del Dante, de Maquiavelo, de la antigua Grecia, de Byron. Pero el libro amoroso, el benjamín de sus libros, era aquel



chillona y sayas huecas, palurdos silenciosos o gañanes de una alegría bulliciosa que hablaban y reían con cuantos viajeros se prestaban. Todos comían en pleno vagón sus meriendas robustas y grasientas, a base de magras con tomate, chorizos, tortillas.

Ofrecíanle a Pedrocho comida y conversación, pero él todo lo rechazaba con su habitual dulzura, un poco zurda, de muchacho tímido.

emprendió la marcha hacia Puerto Rico.

Desde muy niño había sentido la fascinación de América. En ciertos hombres europeos hay una marcada predisposición al ensueño americano, que muchas veces toma un carácter de manía o de fatalidad. Igualmente puede comprobarse el fenómeno de que ciertas comarcas sienten con más vehemencia que otras la seducción americana. El país cantábrico, por ejemplo. En algún momento del siglo XVI, Extremadura debió de

Parerga y Paralipomena del admirable Schopenhauer.

Estaba su espíritu inquieto y señorador como embarazado por las doctrinas del filósofo. Unos meses antes, entrando al azar en una librería, compró el pequeño volumen; sintió como el efecto de un catclismo intelectual. Nunca un libro llegó más a su hora a visitar una inteligencia. El irreconciliable pesimismo de Schopenhauer venía a corroborar la profunda herencia cristiana de Pedro Alberdi, y al mismo tiempo le sostenía, le animaba con aquella exaltación del orgullo y del desprecio personales. La timidez de su carácter y su debilidad física hallaban un milagroso sostén en aquellas palabras cortantes del filósofo, en aquel mundo de ideas orgullosas y estoicas, en aquel estilo nuevo, ágil, sabio y terrible.

Ahora también Pedro Alberdi pedía a su libro las palabras que lo entonasen. Abandonado en un vagón de tercera, en marcha para un comercio de las Antillas, fracasado en su aspiración literaria, Pedrocho se abandonó a la lectura. Leyó por quinta vez:

«Llegar a la posteridad su propia obra, como un depósito sagrado y el fruto real de su existencia, sometiendo a un juicio mejor que el de los contemporáneos: tal será entonces el fin que se proponga. Propósito que supere a todos los demás y por el cual está pronto a soportar la corona de espinas, que se transformará algún día en corona de laurel...»

Esto le reconfortó el espíritu, y fué como aplicarse una inyección de confianza y de valor. El desprecio hacia la vida y los hombres y el culto del orgullo personal le permitieron soportar mejor las molestias del viaje hasta Santander.

Compró su pasaje para Puerto Rico y estuvo vagando todo el día por las calles y por los malecones del puerto. A la caída de la tarde embarcó en el buque. Era un ventrudo y arcaico vapor mercante que sólo tenía de bueno y de hermoso el nombre: «María».

Levaron anclas. La noche había entrado ya, y un fuerte viento de proa obligaba al buque a cabecear aparatadamente. Pedro Alberdi se dedicó a apostarse, en la brutal indiferencia de una tripulación no acostumbrada a tratar con pasajeros. Preguntó, y alguien le indicó el castillo de proa como natural aposento suyo. Olía aquello a peste. Pero a sus tímidas observaciones contestaban con tácticos alzamientos de hombros los marineros, que andaban ocupados en la maniobra de leva.

Como el cabeceo del buque empezaba a ser inquietante para su estómago, Pedro Alberdi se refugió como un chico medroso en aquel infernal camarote. Media docena de literas de lona se hacían en un increíble espacio pequeño. Se tendió, ya del todo mareado, en una litera de las bajas. Un marinero, que estaba contando a la mortecina luz de un farol unos billetes de Banco, le dijo con brusquedad:

—A otra parte, joven; esa cama es mía.

Entonces, reventando de náuseas, trocó a una de las literas altas. Pero una angustia insoportable le acometió de pronto, y con el acento con que solía pedir un favor a su madre, suplicó:

—¿En dónde podré vomitar?...

—Aquí no está permitido—le respondió el marinero.

Después, algo más humanizado el tono, le aconsejó:

—Váyase a la obra muerta y vomite sin cuidado. Mañana ya no tiene usted náuseas.

Descendió como pudo de la litera y salió tambaleándose del camarote. Un gran soplo de viento le azotó en la cubierta. Se apoyó en la baranda de la obra muerta y vació el estómago. Y en tanto se debatía en la angustia de las náuseas, sintió un extraño estrépito de voces, de blasfemias, y algo como el estertor de una lucha enconada. Oyó que una voz autoritaria, sin duda la del capitán, gritaba en vascuence:

—¡Amarra, amarra aguró!... (1)

Sonaron unos puñetazos, unos gruñidos. Cuando Pedro Alberdi volvía, tambaleante, a su camarote, vió que en el palo de trinquete estaban amarrando a un marinero joven, alto, con la boca destilando espuma.

—¡Cochino, borracho!—le gritaba el capitán, un hombre bajo, gordo y de aspecto torpe—. ¡Ya te quitaré yo las ganas de volver a sacar el cuchillo! ¡Cochino!...

Pedro Alberdi cayó sobre su litera y se durmió con un sueño pesado.

Desde el día siguiente acomodó su vida a las costumbres de a bordo, y desaparecido ya el maroo, resignado con su suerte, procuraba buscarse un poco de felicidad en aquel reducido mundo balanceante. La oscura costa del Cantábrico le acompañó por la banda de babor algunas horas. Hicieron escala en La Coruña, y luego, decididamente, se arriesgaron en la gran travesía del Atlántico.

Pronto trabó Pedro Alberdi amistad con sus compañeros de pasaje. Uno era un mulato de Puerto Rico, hijo de padre asturiano, especie de gandul, joven y grande, que hablaba siempre un lenguaje obscuro saturado de exageración tropical. Debía de considerarse demasiado ingenuos y virtuosos, porque, abandonando su compañía, se fué a la parte de popa y al entrepuente, donde los pilotos, maquinistas y cocineros acosaban a una pobre mujer con esa excitación repugnante que se apodera de las personas en las cálidas travesías de mar.

Sus verdaderos amigos eran dos muchachos del valle de Baztán, que iban, como él, a probar fortuna a Puerto Rico. Su diversión más amena consistía en asomarse a proa, llegando la noche, y ver, atenta y maravilladamente, la fantástica fosforescencia de las aguas tropicales. La punta recta del buque hendía el mar y lanzaba a los costados dos masas burbujeantes de espuma, y entonces las espumas, bajo la calma densa y magnífica de la noche, llenábanse de constelaciones milagrosas, de fósforos ondulantes, de fugaces y encendidas cavernas, como bocas de los antros donde habitan las hadas.

Otras veces se contaban sus vidas y alzaban el velo de sus ilusiones juveniles. Pero las almas simples de aquellos muchachos aldeanos concluían por fatigar a Pedrocho. Buscaba, pues, el ángulo más retraído del buque y entregábase allí a la lectura.

«Nada de lecturas que distraen—le habían aconsejado en su casa—; deja los libros de una vez y hazte hombre»...

Los ensayos de Macaulay le producían ahora, en la soledad de la alta mar, una impresión como nueva. Los que se referían a Grecia y a la Florencia de la época del Dante le gustaban principalmente; leídos entonces en pleno Atlántico, en la grandeza de aquellas horas inefables, tenían para él un sabor y un sentido sublimes. Evocaban en su espíritu tiempos, civilizaciones y maneras

de vida de una belleza heroica. Y Schopenhauer, entre tanto, le hacía estremecerse con la turbadora penetración de sus apoteogmas.

De pronto, la campana del entrepuente le arrancaba de aquel éxtasis, y con gesto humilde iba Pedro Alberdi a buscar su cantimplora y su plato de estaño, que el marmitón en la cocina le llenaba de una bazofia de papas con bacalao y de un vino infame.

Una mañana, ¡por fin!, Pedro Alberdi contempló, estupefacto, desde la borda la magnificencia de la tierra tropical. Sobre la playa destacaban sus pinachos cimbreantes unos cocoteros. El mar tenía un azul jocundo. Y allá enfrente ascendían al cielo unas montañas esponjosas, mimosas, todas vestidas de selva verde hasta la cumbre.

La maniobra de la arribada había comenzado ya. Miró por encima de la obra muerta y vió la lancha del práctico: los cuatro remeros eran negros. Esta negrura de la marinería, además de sorprenderle por lo extraño, lo dió definitivamente idea de la llegada. Estaba, pues, en Puerto Rico, o sea en un mundo exótico.

Su equipaje no exigió mucho tiempo para ser cerrado y preparado. Sacó sobre cubierta las dos maletillas y se sentó encima. Le latía con fuerza el corazón. Después, impaciente y turbado, como el puritano suele abrir la Biblia al azar en los momentos decisivos buscando en sus máximas la revelación oportuna de la Providencia, Pedrocho abrió el libro de Schopenhauer a la ventura, y leyó:

«En esa extremidad superior que llamamos cabeza, que, vista a distancia, parece una cosa como las demás, circunscrita en el espacio, pesante, etcétera, ¿qué es lo que yo encuentro? Nada menos que el mundo, pero el mundo entero, con la inmensidad del espacio, que abarca el todo, y la inmensidad del tiempo, en el cual ese todo se mueve... Y dentro de todo eso, yo mismo me agito allí en actitud creadora...»

Un grito corrió a lo largo del buque: —¡Prepararse todos! ¡Vamos a tierra!

Otra vez, al levantar los ojos, quedó Pedro Alberdi maravillado. La ciudad de San Juan blanqueaba cerca, llena de animación, vibrante a la luz de un día espléndido. El gran cerco de la bahía era como un paraíso. Pero, sobre todo, le encantaban las altas y cimbreantes palmeras, que erguían sus penachos aquí y allá, entre el verde profundo de la vegetación o sobre las policromadas viviendas, como un motivo lírico en la majestuosa sinfonía tropical.

Desde aquel momento ya no pudo tener su espíritu en nada. El desembarco, la presentación de las cartas de los parientes, la comida en la fonda criolla, el gusto dulzarrón y perfumado de las viandas, el viaje en tren, la llegada al pueblo donde había de trabajar... Las sensaciones más extrañas se sucedían en su acobardado ser, y sus ojos, aturridos, creían asistir al desfile de los fantasmas de un sueño. Los hombres y las plantas eran diferentes, distinto el color de las cosas, nuevo el olor de las frutas y de las propias personas.

Al paso del tren por una vega, a la puesta del sol, vió tenderse un nubarrón sobre el campo. El cielo se deshizo en lluvia. Y repentinamente, como un niño que ríe sobre las mismas lágrimas, apareció radiante el sol, y todo el campo, de un verde increíble, quedó sembrado de gotas de lluvia que resplandían con un brillo infinito...

Antes de ponerse a trabajar en la casa de comercio le llevaron a una finca campestre para que se aclimatase. Allí pasó unos días inolvidables por lo deliciosos. Estaba la finca, que era de maderera, en lo alto de una colinita o *seboruco*, y desde la balconada podía Pedrocho contemplar a su sabor el soberbio paisaje, con sus plantaciones de caña dulce y sus praderas espesas, donde engordaban multitud de grandes toros. Nada más indiano y tropical podía haber ambicionado su imaginación aventurera. Distante, se alzaba una sierra boscosa, y cerca, enmarcando las verdes praderías y los cañaverales, negreaba la espesura de una manigua.

Pedro Alberdi dejaba que su alma se hundiera en el exotismo de aquella naturaleza exorbitante, perfumada y sensual. Estaba como aturrido. Algunas tardes le invitaban los dos empleados de la finca a pasear por las praderas. Le daban un caballo y se dirigían donde los toros, semisepultados en las enormes hierbas. O se alejaban hacia los manglares, llenos de voces misteriosas. Volvían lentamente, ya cerrada la noche, cuando los *cucuyos*, de intermitente fosforescencia, parpadeaban sus fantásticas luces en el aire oscuro.

Asistía a las faenas de los negros, medio desnudos en los surcos pantanosos, y terribles de aspecto con sus enormes machetes, que hacían revolver en vez de las hachas y de las azadas. Veía a las negras, de labios salientes y móviles, de colgantes y voluminosos senos, moviéndose al andar con un cimbreo de una honda lujuria salvaje.

Una mañana se vió instalado en una tienda de mercería, frente a un mostrador de reluciente madera. Junto con algunos amigables consejos, el jefe de la tienda le había dado algunas elementales lecciones de técnica horteril. Le dijo cómo convenía vender los calzoncillos, las camisas o los pañuelos de falsa seda y le impuso un poco en el conocimiento de las distintas psicologías de los clientes. El precio inicial fijado a las mercancías no era igual, por ejemplo, cuando se trataba con blancos como al tratar con negros. Estos, descaídos, horribles de semblante y con el largo machete desnudo bajo el brazo, exigían un regateo interminable, acompañado de mimosas adulaciones.

—¿Ve usted? Fíjese en ese de la cara morruda. Así hay que tratarlos...

Y el principal, con una leve sorna, se dirigió a un negrazo que entraba, contoneándose, en la tienda:

—¿Cómo le va, precioso? Choque esa mano, amigo. ¿Y la comare?...

Los demás dependientes, buenos muchachos de Guipúzcoa y de Navarra, le miraban a Pedrocho un poco con respeto y con otro poco de compasión. Como si pensarán: ¿A qué habrá venido aquí éste, si no sirve para nuestra vida dura?

Le veían alto, delgado, rubio, la mirada tímida y soñadora, silencioso y reservado, con aquel gesto peculiar suyo de estar siempre como ausente. Sobre su pálida y despejada frente los cabellos comenzaban ya a clarear, mientras en su labio apuntaba apenas el bozo. Era un doble y raro efecto el que operaban sobre el semblante de veintidós años la calva prematura y el bozo de melocotón. En la melancolía de aquella vejez absurdamente apuntada, sus sentimientos de soñadora adolescencia florecían con un vivo temblor abrilero.

El tener que vender viles mercaderías a los sucios clientes le ocasionaba una irritación incontenible. No podía sopor-

(1) ¡Amarrarlo, amarrarlo pronto!...



tar aquel regateo estúpido, pesado. No sabía hacerlo. Y terminaba muchas veces por volverle la espalda al comprador, que se quedaba estupefacto ante aquel ademán insólito.

Por la noche, todavía era peor. Una vez cerrada la tienda, los dependientes buscaban en una estancia de al lado sus catres respectivos, y tendíanse, desnudos, a dormir. Pedro Alberdi buscaba su catre, y antes de acostarse se entregaba a la operación de quemar con una bujía las chinchas que se apelotonaban en la lona. Pero después de acostado sufría el asco de las cucarachas saltadoras. E inmediatamente empezaba la música de los mosquitos zancudos, de penetrantes y dolorosos dardos. Si para evitarlos se cubría la cabeza con la sábana, un horrible calor sudoroso le abrumaba. Entonces sentía un deseo formal de morir.

Otras veces le acometía un imperioso deseo de marcharse, de huir, saltando como un energúmeno por encima del mostrador. De bruces sobre el mostrador lustroso, en las tardes de brillante luz, su mirada iba a perderse en la lejanía. Enfrente mismo se alzaba la cumbre más alta de la isla, y, merced a la luminosidad del ambiente, distinguíanse hasta los senos y los pliegues del bosque espeso que cubría toda la montaña. ¡Oh, si él pudiese penetrar en aquella floresta, libre, por fin; en la magnífica naturaleza tropical, tanto tiempo deseada!

Pero el requerimiento de un comprador solía cortar bruscamente aquellas anhelantes galopadas de su fantasía.

—Mire, niño, quiero una camiseta...

Sentía como si lo despeñasen al fondo de un barranco. Despertaba. Y, tristemente, dirigíase a buscar en los estantes las cajas de cartón que contenían las camisetas.

Es claro; le facilitaron la marcha. Estaba enfermo. Su taciturnidad crecía a cada jornada. Todos comprendieron que aquel joven urbano, inteligente y orgulloso, no serviría allí mas que de estorbo. Era mejor que volviera al Continente viejo.

Y una tarde, en efecto, se vió embarcado en el trasatlántico que había de llevarle a Europa. Le pareció soñar. Le pareció también que acababan de desencadenarlo. ¡Era libre, libre!

No le importaba su miserable condición de pasajero de tercera. Reaccionó pronto cuando un marinero le hizo descender al sollado y le señaló una litera: la suya. Acomodó su humilde equipaje en un rincón de aquel antro mal oliente y corrió sobre cubierta, interesado por la maniobra final del buque. En la sombra de la noche vió vagar a unos soldados. Preguntó.

—Son enfermos e inútiles que vuelven de Cuba a España—le respondieron.

Los esqueléticos soldados se aglomerraban en el buque como sombras funerarias; un rosario de toses tuberculosas les acompañaba. Eran los derrotados sin combatir, los inadaptados al clima y a la guerra, los inútiles, los sobrantes, los cobardes, los débiles.

Al verlos pensó Pedro Alberdi que él era también un derrotado, un cobarde y un inútil... La comparación le produjo una gran vergüenza; luego sintió ganas de esconderse en un rincón y llorar.

¡Fracasado, fracasado! ¡No servía para guerrear en la vida!



En la parte de proa iban algunas docenas de pasajeros civiles y un centenar de soldados. No faltaba animación ni escaseaban las diversiones. Organizá-

banse, sobre todo, a pleno aire hermosas partidas de lotería, y a veces, hurtando la vigilancia de los centinelas, emocionantes partidas de monte.

Pedro Alberdi participó un poco del gusto agrio de aquellas jugadas. Pero las evitó pronto, porque su capital entero para los gastos subsiguientes no llegaba a las cien pesetas.

Prefería sentarse en la parte más elevada del castillo de proa y ver desde allí cómo se deshacían al sol las espumantes olas, o cómo y con qué soberbia majestad se doraban las nubes a la puesta del sol.

Entonces, sin querer, participaba de las conversaciones de los pobres soldados inútiles. Algunos contaban con trágica sencillez las acciones de guerra en

to como lleguemos... ¡Jum, jum, jum!

Y el amigo, apenas con un murmullo, le contestaba pacientemente y le atendía en todo. Pedrocho, haciéndose un ovillo en su litera, estremecíase pensando en el horror de aquella desventurada vida melancólica que se apagaba en plena alta mar, sin fuerzas para terminar el viaje. Su tos cavernosa y su impenitente gemido no le dejaban dormir algunas noches hasta muy tarde.

—¿Falta mucho para que lleguemos?... ¿Cuándo dicen que se verá tierra?... ¡Ay de mí!... Avisame para que vea la tierra... ¡Jum, jum!

Pero el infeliz soldado no consiguió su deseo. Se murió. Le arrojaron al mar unas horas antes de dar vista a Cádiz... ¡Oh, bajo un cielo de un azul delicado,

lidad. Nunca se vió más inepto para la vida, más incapaz para la lucha. Pero una remota energía interior le alentaba en su fracaso, sugiriéndole la esperanza de que el espíritu, reservándose en la espera y endureciéndose en el dolor, saldría alguna vez al combate con mejor destreza y para empresas mayores.

Entretanto, la aventura antillana le dejó un recuerdo de luz, que el tiempo iba decantando hasta no dejar mas que las notas brillantes, poéticas. Le quedó como una estampa policromada, en la que se veía volar un colibrí y levantarse la pompa graciosa de un cocotero, mientras aquellas dos jóvenes negras, de facciones regulares y ojos aterciopelados, que vió, sorprendido, aparecer cierto día frente al mostrador de la tienda, hacían con sus cuerpos gráciles y sensuales la misma rara ondulación voluptuosa de vírgenes núbias en celo que entonces le dejaron asombrado.

José María SALAVERRIA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

En lo más hondo, por M. D. Benavides.—El autor de *Lamentación*, novela que no hace mucho obtuvo el galardón de un primer premio en importante concurso literario, acaba de publicar, con el título de *En lo más hondo*, y el calificativo de «novela bárbara», un nuevo y bello libro. Domínguez Benavides, espíritu original y audaz, que llega en la sátira a los linderos extremos del más noble cinismo, escritor de recio pensamiento, amplia cultura y depurado estilo, representa en nuestras avanzadas literarias uno de los valores más firmes. *En lo más hondo*, libro que hace pensar y sentir intensamente, se acusa la personalidad de este escritor con relieve inconfundible.

x

Del llano a las cumbres, por J. García Mercadal.—El ilustre escritor, de tan merecido prestigio en el noble ejercicio de la crítica literaria, se revela en este hermoso libro como un paisajista de gran temperamento y colorido imponderable. Son visiones de los Pirineos de Aragón, de toda belleza, que aquí nos suspenden el espíritu ante la contemplación de un grandioso espectáculo y allí nos cautivan con sencillas descripciones, llenas de sabor de égloga. En este libro, cuyas páginas son balcones abiertos a la Naturaleza, el escritor y el pintor ponen por igual el esfuerzo de su arte. La honradez literaria de García Mercadal, su hondo sentido del paisaje y su firme cultura, hacen de este libro una obra maestra en su género.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Algunas obras recientes:

	Pesetas.
EL AÑO ARTÍSTICO 1922, admirable enciclopedia artística, por el ilustre crítico José Francés...	12
EL EVANGELIO DEL AMOR, segunda edición, por E. Gómez Carrillo.....	4,50
EL MAL POEMA, versos, por el ilustre poeta Manuel Machado.	4
LAS HOGUERAS DEL ODIO, ensayos, por el Dr. César Juarros.	5
LA DESCONOCIDA, novela, por Mariano Benlliure y Tuero.....	4

En todas las librerías y en las estaciones del Ferrocarril

Concesionario de venta:

RIVADENEYRA, Gran Vía, 8 y 10



que fueron heridos; otros no sabían narrar mas que los tormentos y el tedio del hospital; otros referían cínicamente los subterfugios de que se valieron para simular su inutilidad. Los piojos los asaeteaban. Alzándose el pantalón, natural y simplemente, los soldados se cazaban los repugnantes insectos en la pantorrilla.

Pero la aprensión de Pedro Alberdi culminaba cuando por la noche veíase obligado a descender a la bodega. Allí moraban unos cuantos soldados tísicos, de rajantes y desoladas toses. Y el más tísico de todos los soldados, el de tos más seca y el de gemido más patético, descansaba precisamente en una litera próxima a la suya.

Era un enfermo melancólico, cuya fachada Pedrocho no había querido ni contemplar. Sólo lo conocía por la tos, por la voz, por los gemidos. Le debía de asistir algún amigo, pero con una solicitud tácita y maternal que conmovía.

—¿Me traes el agua?... Ponme la manita a los pies... ¡Ay de mí!... No te olvides de escribir a mi padre tan pron-

cómo surgió del mar la blancura entre oriental y helénica de Cádiz a la mirada de Pedrocho! Las cúpulas y las torres de la catedral resplandecían al sol oblicuo de la tarde como una milagrosa sinfonía en oro. ¡España, España!

Pero su alborozo de la arribada lo turbaba una voz secreta que repetía en su interior: ¡Fracasado, fracasado!

Después llegaron los días de la angustiosa inquietud nacional. La guerra de Cuba traía cada mañana una nueva zozobra. Precipitábanse los acontecimientos, fatalmente dirigidos hacia el desastre. Eran los tiempos en que las poblaciones veíanse de pronto conmovidas por la orden de marcha de los batallones expedicionarios, toda la gente en tumulto hacia la estación, mientras las bandadas de música hacían vibrar las notas entusiastas y juveniles del pasodoble *Los Voluntarios*. Y marchaban entre vitores los hermosos soldados, ¡los buenos y pobres soldados que no habrían de volver jamás!

Al verlos ir sentía Pedro Alberdi el inconfesado remordimiento de su inuti-

¿QUEREIS VER BIEN?

graduación de la vista gratis
CALLE DEL PRADO, 16.-ÓPTICA

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá
— Esquina a Barquillo —

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

M.Z.A.

El reloj
de mayor precisión.

Depositarlo exclusivo
para España:

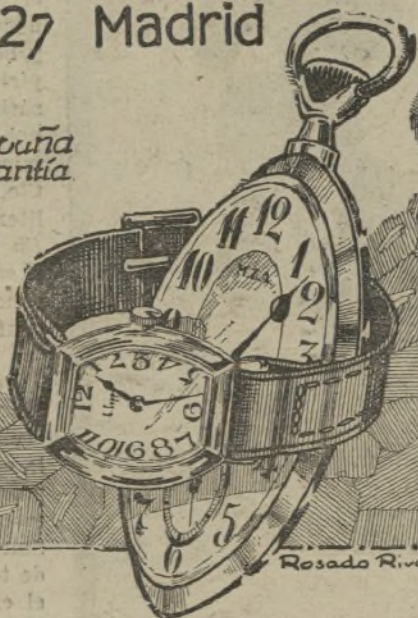
CARLOS COPPEL.

Fábrica de relojes.
Fuencarral, 27 Madrid

A cada reloj acompaña
certificado de garantía

Ventas al por mayor
y menor

Catálogo gratis.



Resado Rival

Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60

BAÑOS DEL NORTE

Jardines, 16

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO, ABIERTO TODO EL AÑO

Aduana, 25

Baños especiales de este Establecimiento: Baños perfumados de rosa, violeta, lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.— Baño y ducha estimulante neuro-tónico, serie de diez, 35 pesetas.— Baños populares de cinco a ocho de la mañana y de dos a cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.— Duchas frías, en cualquier aparato, 1,50; por abono desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.— Duchas escocésas, calientes, alternas y orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.— Duchas de vapor, 3,50; por abono desde diez, 3 pesetas.— Servicio de ropa: sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.

CALLOS

No se lamenta usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.— Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc